



El dulce
vuelo de
las mariposas

JOSÉ MANUEL PORTERO



EL DULCE VUELO DE LAS MARIPOSAS

José Manuel Portero

El dulce vuelo de las mariposas
© José Manuel Portero

Fotografía de cubierta: © Carmen López

Diseño de cubierta: © Manuel López

ISBN (ebook) 978-84-617-4087-1

Edición en libro electrónico: julio de 2016

Ninguna parte de esta publicación, incluida la fotografía y el diseño de la cubierta, puede ser reproducida o almacenada en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com

917021970 / 932720447

ÍNDICE

DEDICATORIA

NOTA DEL AUTOR

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

SEGUNDA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

DEDICATORIA

A todos los Carmelos del mundo que sufren homofobia
por el solo hecho de ser distintos.

Para Iryna y todas las mujeres explotadas sexualmente.

A los Cuerpos de Seguridad del Estado.

Mariposas

Una chispa de luz les da vida
y una gota al caer las ahoga;
aparecen al claro del día,
y ya muertas las halla la sombra.

Manuel Gutiérrez Nájera.

(México, 1859-1895)

El demonio del mal es uno de los instintos primeros del
corazón humano.

Edgard Allan Poe.

(E.E.UU., 1809-1849)

NOTA DEL AUTOR

Esta es una obra de ficción que tiene como escenario de fondo a la Costa del Sol malagueña. Los protagonistas de *El dulce vuelo de las mariposas* no existen, son pura fantasía, producto de la imaginación del autor.

Me creo obligado a realizar esta advertencia porque, pese a ello, temo que algún lector bien pensado quiera identificar a determinados personajes de la novela con otros reales, y muy respetables, que él conozca.

EL DULCE VUELO DE LAS MARIPOSAS

José Manuel Portero

PRIMERA PARTE

1

Arroyo de la Miel, Benalmádena (Málaga).
Un día del mes de febrero del 2015.

Con paso tranquilo el matrimonio Gillmore caminaba por la avenida principal del pueblo. La pareja de ingleses, con sus dos chicos a un metro de distancia, fue a preguntar algo a un transeúnte. John Gillmore tuvo que esforzarse para hacerse entender, consiguiéndolo cuando sacó del bolsillo un folleto que mostró al lugareño.

—¡Ah, ya...! ¡El telecabina! —exclamó el hombre. Se volvió, elevó la vista y les indicó con la mano una de las torretas del artilugio que subía al Calamorro y que desde aquel lugar aún resultaba visible.

Los cuatro iban vestidos con pantalones cortos, camisetas deportivas, unas gorras de visera, zapatillas de loneta y sendas mochilas a la espalda. El día de sol radiante —¡qué distinto del nuboso Manchester, oh dear!—, invitaba a salir al campo. Decidieron hacer caso al recepcionista del hotel que les orientó sobre la posibilidad de subir al Calamorro y ver el espectáculo de las aves rapaces. Peter, de doce años recién cumplidos, fue el que puso más empeño en la excursión, no en balde de mayor deseaba ser biólogo y emular a los protagonistas de los magníficos documentales sobre la naturaleza salvaje emitidos por la BBC. Mary, casi dos años mayor, iba a regañadientes: ¡era una estupidez desaprovechar un día de sol tan espléndido y seguir dorando en la playa su piel de melocotón!

Llegaron a las instalaciones y, tras sacar las entradas, accedieron a la plataforma de salida. Ocuparon una cabina que comenzó a escalar la empinada ladera. A medida que subían, las vistas se volvían espectaculares, con la ciudad a sus pies, las villas y casas de campo, las piscinas como manchas de cielo entre la blancura de las casas y el verde de las zonas ajardinadas, en contraste con el cálido rojo de los te-

gados. Al frente, el muro rocoso de la montaña que parecía impedirles el paso, y el azul intenso del cielo.

Alice tomó la mano de su marido para tranquilizarse: siempre le habían dado un poco de vértigo las alturas. Nada importante, sin embargo. John le sonrió y apretó cariñosamente los dedos. El viaje de media hora de duración merecía aquel pequeño sacrificio.

Una vez en la plataforma de llegada, Peter propuso seguir subiendo por los estrechos escalones labrados en la roca hasta la cima, que se adivinaba cerca. Alice se retiró hasta un mirador para contemplar el grandioso espectáculo de la costa visto a casi un kilómetro de altura, con la bahía y la ciudad de Málaga y toda la línea de pueblos, apenas sin interrupción, bañados por el Mediterráneo: Torremolinos, Benalmádena, Fuengirola y, más al oeste, Marbella. Una ligera neblina impedía vislumbrar con certeza si la lejana bruma gris del horizonte se correspondía con la costa africana.

—¡África! —dijo la mujer señalando con el dedo, dándolo por hecho.

—Parece que sí. ¡Tan próxima y tan lejana...! —respondió el señor Gillmore, a la vez que miraba su reloj—. Bueno, cariño, faltan cinco minutos para que comience el espectáculo de las águilas que tanto interés teníamos en ver, en especial Peter —dirigiéndose a este, añadió—: Podemos subir a la cima cuando haya terminado la función.

Por un sendero, caminaron unos cien metros hacia el norte donde, aprovechando una terraza natural del terreno, la empresa del telecabina había instalado unas casetas que daban cobijo a las aves rapaces.

La familia Gillmore se acomodó en unas gradas de madera construidas frente a las jaulas de los animales y, junto al numeroso público, se dispuso a contemplar la exhibición. Peter sacó de la mochila la estupenda réflex, regalo en su reciente cumpleaños, preparado para no perder detalle y fotografiar todo lo que le resultara interesante, mientras su hermana hacía un mohín de resignado disgusto.

El presentador, un tipo de unos treinta y pocos años, bigotudo, con aspecto de simpático aventurero, vestido con ropa de camuflaje, provisto con un guantelete de halconero en su brazo izquierdo y en la derecha un micrófono, se dirigía al público alternando el español y un perfecto inglés. El hombre bromeó con la posibilidad de que las poderosas aves pudieran llevarse en sus fuertes garras a alguno de los niños que abundaban entre el público. Además, para tranquilidad de Alice Gillmore y de su hija, añadió que era posible que las rapaces se posaran sobre la cabeza o los hombros del público asistente. ¡Era parte del espectáculo!

Un ayudante sacó un gavián de una de las jaulas. Con una piel de conejo como señuelo, el entrenador le hizo volar en círculos, lanzando la piel al aire para que la rapaz la atrapara al vuelo. Mientras el público aplaudía entusiasmado, Peter no dejaba de disparar su cámara. A este número siguieron otras demostraciones con distintas especies: un halcón, un azor, un majestuoso búho real... Finalmente llegó la hora de las grandes rapaces.

De uno de los casetones sacaron dos buitres leonados que provocaron la admiración del público. Los ayudantes los hicieron posar sobre sendos postes de madera clavados al suelo, a la vez que el presentador explicaba sus características. A uno de ellos le hizo extender las alas, de más de dos metros de envergadura, en una demostración de poderío.

El hombre tocó el silbato y las carroñeras alargaron su largo y desnudo cuello a la vez que agitaban energicamente las alas desplazándose en horizontal hacia el acantilado, hasta encontrar las corrientes térmicas que les hicieron subir rápidamente sin apenas esfuerzo.

Con el zoom puesto al máximo, Peter no se cansaba de hacer fotografías. Ahora, las aves apenas eran un punto en el deslumbrante cielo azul. Giraron y giraron en elegantes vórtices, sin esfuerzo aparente, sin agitar sus enormes alas, en una exhibición impecable del mejor vuelo sin motor jamás inventado. Durante unos instantes se perdieron de vista tras la cima del Calamorro. El hombre explicó que al so-

nido de su silbato llegarían y se posarían nuevamente en los postes. En efecto, la pareja de buitres surgió por el norte y el domador dio un largo pitido. Las aves, en un primer momento, parecieron obedecer a la llamada de su dueño, pero en un último segundo planearon en un amplio círculo y se dirigieron hacia el este, a la vista de todos los espectadores. A continuación, fueron desplazándose en órbitas cada vez más pequeñas descendiendo hasta perderse tras una loma.

El presentador hizo un gesto a uno de los ayudantes para que se aproximara al acantilado y comprobara si las veía. Volvió a tocar el silbato, esta vez con más insistencia, pero no hubo señal de las rapaces.

Sin perder la compostura, el domador indicó que, a veces, si encontraban algún animal muerto, podrían tardar en regresar. Para aliviar la decepción del público, pidió a sus ayudantes que desenjaularan a la reina de las aves.

De uno de los recintos sacaron un precioso ejemplar de águila real. El ave, despojada de la caperuza que le ocultaba los ojos, al sonido del silbato, hizo un vuelo corto y majestuoso hasta posarse en el brazo del presentador. El hombre explicó que se trataba de una hembra y que en el interior de la caseta se encontraban sus polluelos.

—Hemos conseguido que *Margarita* —que era así como habían bautizado a aquel bello ejemplar—, alimente por sí misma a sus crías de lo que trae en sus cortos vuelos libres, aunque en ocasiones dejamos piezas para que pueda cazarlas.

Peter Gillmore, apenas apartaba la vista del visor, disparando continuamente.

El hombre tocó el silbato y dio un impulso al ave, que emprendió el vuelo con unos vigorosos aletazos. El público aplaudió su increíble majestuosidad. El animal, al igual que los buitres, se elevó ayudado por las corrientes cálidas de aire, planeó y voló en dirección a la costa. El presentador, en tanto que explicaba las diferencias entre los distintos tipos de rapaces, tocó su silbato y el águila pareció obedecerle. Pero cuando la reina de las aves estaba sobre la verti-

cal del circo, hizo un escorzo elegantísimo dirigiéndose casi en picado hacia el mismo lugar por donde minutos antes desaparecieron también los buitres.

El presentador pareció quedar sorprendido del hecho y dio instrucciones a uno de los ayudantes para que bajara en moto a ver qué ocurría.

Mientras tanto siguió la función, ahora con un alimoche y unos búhos, aunque la gente anhelaba volver a ver a las grandes rapaces, que parecía se las hubieran tragado la tierra.

Poco después, el público vio cómo, tras el presentador aparecía de nuevo el elegante y rápido vuelo del águila real. A medida que se acercaba, observaron con curiosidad que en las garras llevaba atravesada una pieza de caza, tal vez un conejo. Impacientes, se pusieron en pie para comprobar cuál sería el botín. El animal se posó en el poste del que partió para iniciar el vuelo. El semblante de los espectadores fue cambiando, de la expectación a la incredulidad.

Alguien de la primera fila, dio un grito y exclamó:

—¡Es un brazo!

El entrenador intentó quitarle al ave su trofeo, sin conseguirlo en una primera vez, hasta ponerle de nuevo el capuchón sobre la cabeza. Entonces soltó la presa, que cayó al suelo.

Aunque desgarrado y maltrecho, era evidente que se trataba del antebrazo, en parte descarnado, de un ser humano.

Se sucedieron los gritos en distintos idiomas. El entrenador introdujo al ave en su jaula, a la vez que dio una patada a la extremidad caída al suelo para alejarla de la proximidad del alimoche y de otra rapaz que hicieron intención de lanzarse sobre ella.

Una señora se desmayó, mientras la gente gritaba y se agolpaba para salir.

Peter no paró de hacer fotografías. Por primera vez, su hermana se sintió fascinada por la excursión y lamentó haber dejado su cámara en la habitación del hotel.